



UNIVERSIDAD LABORAL «SAN JOSE»

PP. SALESIANOS

ZAMORA



Queridos amigos y hermanos ~~de~~
Don Bosco:

Una vez más hemos merecido la visita del Angel del Señor en busca de nuestro buen hermano, el Religioso Salesiano Sacerdote

D. Carlos Vázquez de Aldana García

el cual terminó su prueba y marchó a la Patria el día 30 abril, a las 20,30 horas, y cuando su vida era todavía ilusión y esperanza, por contar sólo 35 años de edad.

El ambiente era de fiesta: estábamos preparando el primero de mayo para celebrar la festividad de nuestro Patrono, San José Obrero, con gran solemnidad. Y don Carlos, como siempre, era el alma en estos preparativos. No creo que se excediera en el esfuerzo físico; es que su corazón no funcionaba normalmente desde hacía tiempo; él lo sabía y tomaba precauciones, bajo el control de buenos especialistas. Dios quiso, no obstante, que esa hora, cuando se terminaban los preparativos para la fiesta, marcará también el final de una vida generosa y entregada plenamente, en todos sus momentos, al servicio de los demás.

La muerte fue instantánea; en casa había un médico, un practicante y medios suficientes; pero todo fue inútil y no reac-

cionó. La fiesta se convirtió en duelo. La Misa Solemne, en solemne funeral. Y todos los adornos de la Casa, a base de profusión de banderas y colgaduras, sirvieron para rendir merecido homenaje de despedida a nuestro querido don Carlos; despedida festiva, aunque sentida, porque había terminado su misión y se iba al cielo.

Nació en Salamanca, el día 2 de octubre de 1928, en el seno de una de las más puras y sanas familias cristianas. Cursó todo el bachillerato en el Colegio Salesiano de la misma Ciudad; al terminarlo se fue al Noviciado de Mohernando, haciéndolo con ejemplaridad en el Curso 1945-46. En el mismo lugar cursó los estudios de Filosofía. El trienio práctico lo hizo, un año en Santander (1948-1949) y dos en Madrid, Paseo de Extremadura, (1949-1951). De aquí pasó a Carabanchel a terminar su preparación sacerdotal, con los estudios de Teología, desde 1951 a 1955. Se ordenó de sacerdote en Salamanca, el 26 de junio del mismo año, siendo destinado a ejercer su apostolado a esta Casa de Zamora como Profesor y Asistente.

Se distinguió siempre por la escrupulosidad en el cumplimiento del deber, que ejerció con la máxima perfección, bien en lo que se refiere a sus clases de matemáticas a cursos superiores, bien desde su puesto en la Secretaría Particular de esta Institución, bien en la comprensión de los problemas humanos en sus largas horas de confesonario. Todo ello por su inteligencia despejada y claridez de mente, que le llevó a encargarse de los más delicados problemas.

Sabiendo el bien que podía realizar, no obstante su precaria salud, sentía verdadera debilidad por las tandas de Ejercicios Espirituales, sobre todo por los cerrados, que predicó y dirigió en gran número en sus pocos años de sacerdocio.

Por todo ello gozaba de un gran prestigio que le llevaba a ser admirado y querido por los demás Salesianos, por los alumnos y por todos los que con él se relacionaron en su vida polifacética.

El último curso escolar desempeñó el cargo de Catequista, con la competencia en él característica. Y, en pleno trabajo, como buen luchador de Cristo, se nos marchó, reclamado por Él, para recibir el premio.

A la mañana siguiente, dimos la noticia a los 550 internos, que se levantaban con semblantes festivos, ignorantes de la realidad. La consternación fue general e inenarrable, por lo inesperado del caso y por tratarse de tan gran Salesiano. Pero destaca la conmoción en el ámbito de las almas. Se acercaron todos al Señor en la Comunión; y siguieron acercándose, emocionados, en días sucesivos. Y sus buenos padres, que presenciaban

estos sentimientos, pudieron sufrir y pudieron llorar, no con amargura, sino con una serenidad confortante.

Horas de pesadilla, de emoción contenida y de sollozos entrecortados. Y unos funerales solemnes en la iglesia grande y llena.

Cuando llegamos al cementerio, en aquella tarde soleada, el féretro cuajado de flores, empapado en plegarias y rodeado de amigos, nos dio la profunda seguridad de la victoria. Y aquella misma crecida masa de jóvenes que lloraban y que rezaban y que cantaban conmigo, sobre la fosa abierta, serán después la tierra de bendiciones en que él rebrotará y vivirá de nuevo. Esto es lo que importa. No el vivir poco o mucho, sino el pasar por la vida haciendo el bien, sembrando blancura, que los tiempos harán fructificar y entregarla con satisfacción.

Y tras el capítulo del duelo, el de la victoria. Hemos de vestirnos de luto, que es lo humano; pero, en el fondo de los corazones, reina la tranquilidad; él ahora está mucho mejor; y en el cielo, sin duda alguna, seguirá siendo nuestro «Catequista». Se ha adelantado hasta la meta y desde allí nos ayuda a seguir adelante y nos prepara el sitio. Trabajó mucho con la acción, la palabra y el ejemplo; ahora intercede y vela para que el Cielo fecunde esos trabajos y sus sueños de apostolado juvenil.

Es indescriptible la manifestación de los sentimientos de condolencia recibidos. Y no sólo aquí en Zamora; podría llenar un montón de páginas con frases de antiguos alumnos y de amigos, llegadas de toda España y aun del extranjero, todas ellas llenas de emotividad y de afecto sincero por quien tanto bien les hizo. Me limito a transcribir el pensamiento del Muy Rvdo. D. Emilio Corrales, que, seguramente, le conoció mejor que nadie, por haber tenido contacto con él durante casi toda su existencia; como Director en el Colegio, y como Inspector a lo largo de toda su vida de Salesiano: «Fue D. Carlos, dice, un religioso ejemplar; un Profesor estudioso y sacrificado; un Sacerdote fervoroso, culto y apostólico; un Salesiano responsable y celosísimo; uno de esos hombres, consecuente con los principios que profesa, para quien, en teoría y en la práctica, cuentan más la gloria de Dios y la salvación de las almas que su propia salud y que su misma vida; una de esas personas maravillosas que dejan huellas de luz y de vida en los corazones; una figura señera, cuya silueta bienhechora seguirá admirándose en la penumbra de la vida de quienes le han conocido, con admiración, con cariño y santa emulación; un Salesiano de cuerpo entero a quien le vienen magistralmente las sublimes palabras de D. Bosco: «Cuando ocurra que un Salesiano sucumba y cese de vivir, trabajando por las almas, entonces habrá-

mos de proclamar que nuestra Congregación ha obtenido un gran triunfo y sobre Ella descenderán copiosas bendiciones». - (M. B. XII-381-383).

Con la autoridad de este testimonio, pongo fin a este carta. Que la vida de don Carlos Vázquez de Aldana sea luz para nuestra vida, al mismo tiempo que pedimos a Dios que su muerte haya sido, para él, luz gloriosa en la presencia dichosa del Señor.

Rezad también por los problemas de este Centro y por vuestro afmo. en Don Bosco.

MANUEL DE LORENZO
Rector

1-VI-64.

DATOS PARA EL NECROLOGIO.—Sacerdote Carlos Vázquez de Aldana García, fallecido en Zamora (España) el 30 de abril a los 35 años de edad, 18 de profesión y 9 de sacerdocio.